

# Una novela sobrepoblada

## *Besar al detective,* de Élmér Mendoza

Jorge Vázquez Ángeles

Imagen: iStock



HASTA LA PÁGINA 34 de la más reciente novela de Élmér Mendoza, *Besar al detective*, habían aparecido 34 personajes, todos distintos entre sí. Mientras la novela calentaba motores, desfilaba, en promedio, un personaje por cuartilla. Si mis cuentas son correctas, al final, tras haber leído las 254 páginas del nuevo caso de Édgar “Zurdo” Mendieta, desfilaron un total de 83, entre hombres, mujeres, muertos, narcos, policías, militares, abogados, agentes del FBI y uno que otro colado, como Steven Tyler, vocalista de *Aerosmith*, o Héctor Belascoarán Shayne, el detective de Paco Ignacio Taibo II. Repitiendo el ejercicio matemático tenemos que por cada hoja de la novela hay una media de 3.06 personajes. Una verdadera sobrepoblación literaria.

Se puede argumentar que, como se trata de una saga que comenzó con *Balas de plata*, los integrantes de esta pléyade son viejos conocidos, y que su aparición se justifica de algún modo, ya sea para darle color a la historia o por el esfuerzo de un autor que quiere demostrar que conoce milímetro a milímetro el teatro de operaciones donde se desarrolla la historia. Sin embargo, ¿vale la pena mencionar el nombre de las enfermeras

que cuidan a Samantha Valdés, la capisa del Cártel del Pacífico? ¿O al dueño de una taquería sinaloense que cerró sus puertas hace tiempo?

Quien se aproxime por primera vez a la obra de Mendoza y empiece por *Besar al detective*, sentirá que lo acaban de arrojar a la parte profunda de la alberca, sin salvavidas y sin saber nadar. Resulta complicado recordar cada nombre, cada apellido, cada puesto, cada rango. Si bien es cierto que el foco nunca se aleja de Mendieta, la falta de caracterización del reparto convierete a cada hombre o mujer en transeúntes, en simples rostros que tuvieron la mala fortuna de atravesarse cuando el fotógrafo accionó el obturador. Además de salir mal retratados, como no conocemos rasgo alguno de Ortega, de Montañó, de Briseño, de Pineda, de Gori o de Oropeza, llega un punto en que su presencia deja de ser significativa. Literalmente, su vida pasa volando. Como suele decirse con desparpajo en un país como el nuestro, políticos, policías, narcos o soldados, todos son iguales, y en *Besar al detective* esa es la norma: se podrían incorporar más actores y el resultado sería el mismo.

Si a eso le sumamos que como en toda historia de narcos los bandos son difusos cuando no inexistentes, no hay mayor diferencia entre los nombres del universo de *Besar al detective* que los contenidos en las páginas de la guía telefónica.

Otro factor que juega en contra de los personajes es la velocidad narrativa de Élmer Mendoza, que corre como las balas de un cuerno de chivo. Gracias al recurso de no usar guiones para indicar los diálogos, la lectura es un frenético recorrido renglón a renglón, en el que

cada punto y seguido nos indica que otro personaje va a hablar o que el Zurdo está reflexionando. La falta de topes en esta autopista agiliza la lectura e incrementa la acción que nunca cesa, pero afecta el desarrollo de los personajes que son aplastados por un tren bala.

La trama de *Besar al detective* deja en claro que cuando de narcos se trata, nadie sabe quién mece la cuna, o dicho de otra forma, las carambolas golpean en todas direcciones: Samantha Valdés es traicionada por uno de sus subalternos: sufre una emboscada de la que sale mal herida, con un balazo en un pulmón. Gracias al oficio de un médico que se ha hecho experto en la operación de esa clase de heridas, la capisa burla la muerte y convalece en un hospital que es tomado por la policía federal y el ejército. De forma paralela, el Zurdo Mendieta investiga un par de crímenes extraños: primero la muerte de un adivinador trashumante asesinado con mucha saña. El segundo es un vulgar ladronzuelo, liquidado en una suerte de tiro al blanco por el Duende, un sicario infalible que va tras Samantha Valdés por órdenes del Tizón, otro matón de altos vuelos, quien obedece las órdenes del “señor secretario”. Luego el Zurdo, que no ha encontrado una pista convincente, acude al hospital para que uno de los secuaces de la capisa le dé un soplo. Ese favor se lo cobran caro: sólo por preguntar queda “obligado” a ayudarles a sacar a la líder del cártel del Pacífico, lo que culmina en otra balacera. Destituido como policía ministerial pero no encarcelado, el Zurdo anda a salto de mata hasta que se entera de que su hijo Jason, radicado en Los Ángeles, ha sido secuestrado. Cuando el Zurdo cruza la frontera

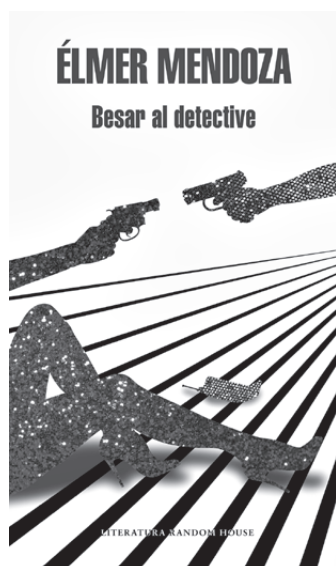
para localizar a su hijo, parece que empieza otra novela: salen más personajes, interviene el FBI y..., como dije antes, nadie sabe quién mueve la cuna, cuáles son sus fines, ni siquiera quién está golpeando las bolas con el taco. El secuestro de Jason le baja la velocidad a la historia hasta convertirse en una carga que no funciona ni como contrapunto de la primera parte, ni como contrapeso.

Algo pasa con la novela del narco. Una sociedad habituada a las historias más extravagantes e inverosímiles es capaz de cubrir los huecos de cualquier trama, sea buena o mala, o de aceptar lo que le platiquen por más descabellado que suene, quizá porque los sucesos cotidianos la han preparado para lo que sea: túneles que se construyen por debajo de penales de alta seguridad, actores y actrices que sostienen encuentros con capos para entrevistarlos y escribir el guión para su filme autobiográfico.

No es de extrañarse que muchas de las resoluciones de *Besar al detective* sean inverosímiles desde un punto de vista literario: mientras la Valdés convalece, sus guaruras, convenientemente disfrazados de enfermeros y afanadores, entran y salen como si nada de un hospital rodeado por el ejército y la federal; a Mendieta le roban cincuenta mil pesos en sus narices y no sospecha quién lo hizo; los temibles sicarios que van tras la capisa mueren en circunstancias tan cómicas que recuerdan la muerte de Vincent Vega, en *Pulp Fiction*; Héctor Belascoarán Shayne, “un experto de la PGR” que posee información sacada de quién sabe dónde, aparece y desaparece sin pena ni gloria.

La novela del narco es el resultado de la cultura de los testigos que prefirieron el anonimato, de las fuentes no reveladas, de los trascendidos, de los rumores, de las palabras tras bambalinas. Y desde luego de la impunidad.

Con esas licencias se puede contar lo que sea. 



*Besar al detective*  
Élmer Mendoza  
México, Literatura Random House,  
2015, 254 pp.